

## DIALOGO CON

## LEÓN FELIPE

ENTREVISTA DE  
RAFAEL HELIODORO VALLE

Ser castellano primero y luego español, y sintiéndose español ser hombre ecuménico, hombre universal. ¿Qué honor más alto para un poeta?

Y ser mexicano, qué gran título para quien visita España. Porque España recorre ahora los caminos dolorosos de América, y si ella se salva ahora, entonces el mundo se salvará. No es el español quien regresa a España, como antes sucedía, sino el hombre de América quien vuelve a encontrarse en España.

Que se deshaga España, no importa; pero que se salve lo ético-español. Este es el paradigma de quienes creen que España no morirá ya, porque sus simientes son eternas, porque siempre se ha entregado con generosidad, y su tragedia actual mantiene la perfecta línea histórica. Todavía está en trance de encender su llama mística, y si lo hace, si impone al mundo otra pasión, habrá expresado su nuevo mensaje.

La poesía lírica en estos momentos se ha silenciado, y si no se puede decir que hay una poesía pura, como lo pregona Juan Ramón Jiménez, frente a la tesis de la poesía "impura" de Pablo Neruda, sí debemos creer en que la poesía sirve para esclarecer la sombra del mundo, para explicar las cosas, para crear orden.

Neruda es un gran poeta, el gran poeta de América en este instante; pero no un poeta integral, de tono perfecto, aunque su calidad lírica sea asombrosa.

Tales son, en resumen, las ideas centrales de mi entrevista con León Felipe, el gran poeta de "Drop a star", el catedrático viajero que un día está en Madrid y la víspera alzó en el alto mar océano su tienda, al margen de las islas afortunadas; y para la verbena de San Juan explica pasajes difíciles de Don Quijote, en la Universidad de Minnessotta.

Como de costumbre—me dice—se ha levantado muy temprano, pues duerme poco. Y alerta, matinal, como el pájaro que se entrega a diarias disciplinas líricas, sin perturbar su silencio de intimidad León Felipe, se pone a leer, golosamente, el último libro que le llega de América o de España; poemas, historia, biografía, ensayos. De todo, porque es un lector ávido, con hambre y sed de actualidad. Le encuentro leyendo la "Historia de España", de Menéndez Pidal. Y, claro, hablamos de lo primero de que teníamos que hablar, de España, de la España que ya sentía latir la cruel tragedia que la asuela. Y también de los mexicanos que han vivido, rápidos días, maravillosos días de estudio y emoción, en la tierra santa de los mayores, y que ahora la comprenden, la sienten.

—Clemente Villaseñor—es el nombre que surge en primer término.

—Es un gran muchacho—me dice—. El ha ido a España con una beca miserable: 325 pesetas. Pero con esa cantidad, que es la que permite vivir a duras penas a un estudiante, muy modestamente, Villaseñor se ha sometido a heroica prueba, y ha hecho investigaciones al lado de Pío y Ortega. Pío y Ortega lo conoció aquí y lo quiso mucho, desde el primer momento. El quiere a todos los mexicanos. Ahora el hombre está muy exigente, pues llega otro cualquiera, que no sea mexicano, un americano por ejemplo, y lo hace pagar cuotas elevadas; pero como distingue bien a los mexicanos y ha querido a Villaseñor, éste ha trabajado bien junto a él. Y siempre lo llevaba a su "peña" o lo invitaba a comer, y charlaban, charlaban, y Villaseñor encantado, aprendiendo mucho, organizándose para la labor que quiere hacer. ¡Y vaya que la hará! No olvidemos al Dr. Perrín, que se portó espléndido amigo de Villaseñor, cuando éste estaba en España. Es de justicia porque Perrín es un gran español, un gran mexicano, un amigo de los que saben serlo.

—Sí, Villaseñor—agrega León—iba a investigar ciertos procedimientos. Un fisiólogo. Sí, un fisiólogo, pero también un hombre de estudio que tiene muchas cosas que investigar; pero no sé la especialidad. Ciertamente: una beca muy reducida; pero lo que le interesaba era estudiar. Lo que yo hice allá, fue enseñarle algo que vale la pena conozca todo hombre de América Española, que va a Europa: Madrid. Pero no hay que ir a Madrid con poco dinero, porque uno entonces siempre está un poco cohibido, humilde. Y a Villaseñor lo que le encantó fue ir conmigo a todos los sitios y darse cuenta cabal de que ser mexicano allá es un título. Su complejo de inferioridad poco a poco se fue perdiendo y pronto encontró abiertas todas las puertas y los corazones abiertos, y las simpatías. Seis meses estuvo allá, nada más; pero eso bastó, y hemos regresado juntos, y aquí estoy, con un pie en el estribo, en vísperas de ir a Panamá, a dar unas conferencias en aquella Universidad. ¿Usted conoce al Rector Méndez Pereira? Me han dicho que sabe hacer bien su papel de Rector.

—A Méndez Pereira lo conocí en Lima. Un generoso ejemplar de hombre de América. Un hombre moderno, que vive en ebullición, que ve en Panamá el campo en que se encuentran problemas continentales, el punto de contacto de muchas inquietudes.

León Felipe se pasea, a lo largo del aposento, invadiendo con su sonrisa la atmósfera cordial en que se mueve, como un perfil en el aire sepia. Y habla, con esa palabra vehemente, segura, de castellano que tiene en altísimo honor ser castellano primero y luego español. De súbito se le desborda la vehemencia, y se diría que su palabra le sacude la entraña, porque se ha dado cuenta de que está poseído de ella, iluminado de ella, y que es él su más atento espectador. Habla como si estuviéramos sentados en una roca alegre, frente al panorama de Castilla, en un alba antigua, y ni más ni menos tal como le he visto antes, en una fotografía histórica, mostrando el cielo y la gracia de España, desde un mirador milenario, a Clemente Villaseñor y Bernardo Ponce, arrebujaos más en la luz clásica del gran paisaje, que en los sarapes bizarramente lucidos.

—¿“Cruz y Raya”? Pero también “Tierra Firme”. Son dos revistas españolas—le digo, deshilvanando el diálogo—que aquí leemos con creciente impaciencia.

—“Tierra Firme” hace cosas mexicanas.

—Veo que Diez-Canedo ha sabido alzarse una tribuna sólida desde ella.

—Y hay un buen chico, Barón Castro, que también vivía con nosotros. Así, pues, las dos mejores revistas son “Tierra Firme” y “Cruz y Raya”. Esta última tiene mucho dinero y la dirige Bergamín. Muy generoso es Bergamín; pero no sabemos si él es quien está dirigido ahora por un grupo de jesuitas, por más que tiene—eso sí lo sabemos—una gran habilidad jesuítica para darle a su revista un tono que no lo parezca, porque, por ejemplo, cuando se enteró de que Alberti era un poeta comunista, le editó toda su obra; y es que Bergamín abre las puertas a muchachos que tienen una ideología diferente a la suya. Bergamín es también un gran muchacho. Cuando Alberti llegó, yo tomaba parte en un periódico que se estaba editando en Valencia con carácter no diré que comunista, pero con carácter revolucionario, y nosotros hemos hecho el número del Romanticismo y en él ha colaborado y ha hecho un artículo este Bergamín. Como revista lírica está “El Caballo Verde”, de Pablo Neruda. La editan en Madrid.

—¿Y Neruda sigue siendo el Cónsul de Chile en Madrid?

—Neruda es un gran muchacho, un poeta que ha ido a España para servir de contrapeso a Juan Ramón.

—¡Juan Ramón Jiménez! Lo que pasa es que el apellido dice menos que el nombre. El apellido lo lleva alguien por allí, que es un mal hombre, un perdulario, de literatura tan falsa como su amistad. Pero no quiero seguirlo interrumpiendo. Juan Ramón, eso basta, porque hay “una inmensa minoría” de lectores inteligentes.

—Neruda no ha sido un hombre de definiciones. El se ha visto casi obligado a defender la poesía impura, ya que Juan Ramón defiende la poesía pura. Es decir, yo no creo que haya poesía pura ni impura, ni mucho menos impura—¡claro!; pero él ha dicho: “Bueno, puesto que estos hombres defienden la poesía pura, por ciertas actitudes, yo voy a decir que la palabra camisa pertenece a la poesía impura”. Y es que todo lo que hay en su vocabulario tiene un valor lírico siempre que se organice poéticamente y dentro de una categoría superior. La poesía, hoy, para mí, es un sistema de señales, una señal de hogueras que encendemos para que alguien nos vea. Sobre todo, en este momento de confusión, de terrible confusión... Y Neruda habla de poesía impura, porque Juan Ramón está haciendo la pura. Usted y yo sabemos que la poesía nunca será eso; pero que históricamente se produce el movimiento y el contrario, y eso es lo que hace andar las cosas. Adelante, pues, que todo lo demás es inmovilidad.

—¿Y Salinas?

—Salinas, con su último libro nos ha demostrado que es un gran poeta. Neruda es el mejor poeta de América, hoy, y lo mejor de él es su actitud, su realismo, que lo ha hecho un poco accesible. No es todavía un poeta integral. Es muy devoto de Whitman. Pero él nunca es una poeta a la manera de Whitman. Yo entiendo que éste era un poeta integral, sí, un integral; porque para él todo era interesante; era un poeta religioso y místico. Neruda no será nunca un poeta místico; es un poeta de ámbito obscuro, como son todos los realistas. Pero, vuelvo a decirlo, es un gran poeta, el gran poeta que hoy tiene América. Se educó, según sé, en la escuela surrealista; lo guían todos los surrealistas franceses. El surrealismo corresponde en España a cierta época de Alberti; pero Neruda es más accesible y tiene esa actitud tétrica de las cosas deshechas, de las ruinas. No tiene el tono perfecto, ni lo quiere tener; pero la calidad lírica, la tiene como nadie. Creo que en el momento actual no hay lírica en el mundo.

—De acuerdo, aunque sí podemos decir que hay poetas líricos; y es que el momento no está para otra cosa que no sean problemas vitales, de vida o de muerte, problemas, los terribles problemas...

—No hay lírica, ni en España. Todos estamos recogiendo, solucionando, modificando un poco las cosas que hemos hecho; y nada más. Por eso ha venido la época de las "antologías". Y en España no hay nadie que haga poesía lírica, pero nueva. Juan Ramón no hace nada ahora. Me atrevo a creer que es un poeta que se ha pasado.

—Es decir, que se está repitiendo...

—Exactamente. Juan Ramón tiene un defecto: ha escrito siempre dirigiéndose a lo que él llama desde las columnas de "El Sol", de Madrid, "la inmensa minoría". Es todo el defecto que tiene su poesía. Un poeta no puede nunca dirigirse "a la inmensa minoría". Y ¿no cree usted que en toda la poesía de Juan Ramón se ve la preocupación de escribir a esa minoría inmensa? Y cuando alguien, que no es de la inmensa minoría quiere leerlo, le dice: "No, usted no es de esa minoría"; y ese defecto lo encuentra uno muchas veces en Juan Ramón. ¿No cree usted que lo más importante es cierto esfuerzo por aclarar las cosas?

—Por explicar el mundo. Me parece muy bien, como programa de la poesía, sin que eso quiera decir que la poesía trata de hacer alta política.

—No está la dificultad en encontrar una imagen, en encontrar un verso, sino que está en crear la verdad organizadora, en explicar el mundo, es decir aquello que la poesía puede explicar. Si empezamos a ponerle reparos y a derivarnos hacia otras actitudes, pues entonces la explicación resulta casi un defecto de toda la poesía de hoy. Después Juan Ramón ha sido el hombre que ha desintegrado más la poesía y ha llegado a decir que cuanto más simplificada y más corta es, mucho mejor. Ha llegado a decir que el poema largo es un pecado, porque ahora vuelven todos los poetas al gran poema integral, y ahora nos encontramos con la dificultad del poeta de integrar, de organizar, y se vuelve a una disciplina de organización. Usted sabe que lo que quiere Juan Ramón es organizar toda su obra y su obra no tiene unidad; en el fondo, no tiene unidad.

—¿Y qué me dice usted de los nuevos?, ¿los novísimos?

—En general, los chicos más inteligentes de un grupo de muchachos con quienes yo andaba, muchos no son líricos, sino muchachos ensayistas, críticos políticos; la actitud política los lleva por allí. Unos están en los dos partidos que hay en todos los sitios de España: el Partido de las Derechas y el Partido de las Izquierdas. Si España encuentra en el comunismo un punto religioso, un apoyo religioso, el mundo se salva... Porque el español...

—¿Es que el español sigue teniendo la llama mística de las Teresas y los Ignacios?

—Tiene la llama mística. ¡Y que sí la enciende de verdad! Y que es capaz de imponer al mundo una pasión, como otras veces lo ha hecho. Si el comunismo es una cosa política, al español eso no le sirve para nada, para nada. Porque en el español todo es anarquía.

—Entonces, si la llama surge, quiere decir que España llegaría otra vez a imponer el Imperio.

—He leído el libro de Menéndez Pidal y me he encontrado con aquel momento de la Historia de España, el gran momento histórico, porque España defendía su actitud religiosa. A Francia, que es un pueblo político, y a Inglaterra con una fórmula pragmática, no les importaba mucho la religión; pero España, que no sabía, que no podía vivir sin lo religioso, lo quiso imponer al mundo. Quiso defender la actitud religiosa. Darle la universalidad y entonces ya estaba salvada. Eso era todo. Y fue lo que España hizo: exigió dinero para las guerras santas y cuando la vencieron no tenía ya nada que hacer y se quedó dormida. Esa actitud ya había existido en el mundo varias veces. El ibero no

puede vivir con una idea política o pragmática, como Francia o como Inglaterra. Roma, que no tenía religión, tenía una actitud política. Por eso la aceptan los españoles y los mejores gobernantes de Roma salen de España. Hay que fijarse bien en ello. Esto lo he leído en la "Historia de España", de Menéndez Pidal, en el segundo tomo. El primero trata de lo ibérico. ¡Un gran libro! ¿No le parece a usted que Pidal se opone a la actitud de Spengler que dice que los pueblos nacen, tienen una juventud, alcanzan su mayor grado de desarrollo y después mueren? ¿No es verdad que hay ciertos momentos en la historia en que un pueblo vuelve a revivir?

—Creo que España está llamada a revivir, aunque se conjuren contra ella todas las fuerzas del mal. Creo, creo...

—Y si el mundo en sus vueltas, vuelve hacia lo religioso, y si España se da cuenta de ello, España vuelve entonces a imponerse. Si se salvara España, se salvaría el mundo. Una de las cosas que me gusta más es haber recogido lo ético español. He observado esto: las gentes de la "derecha" se inquietan mucho porque Azaña no le da gran importancia a la unidad territorial y le dice a Cataluña: "Si quieres, vete; que se deshaga España, pero que quede lo ético español". Si alguna cosa está definida, es lo español, y entonces con eso ético español, nos vamos por el mundo, a buscar una sede; y la encontraremos, claro que la encontraremos.

—¿En México?

—Podría suceder que ese centro, que esa sede, estuviera aquí en América, aquí en México ¿y por qué no? Inglaterra, por ejemplo, no ha creado un pueblo como España. No ha querido mezclarse. España, al contrario, ha tenido la generosidad o el pecado de hacerlo. En el caso de Cortés, sale lleno de ambiciones; y cuando le derrotan a su ejército aquí en México, se encuentra frente al gran problema. Y dice: "Bueno, aquí ya no hay nada, ya no hay ambiciones; hay un problema mucho más grande. Es cosa de vida o de muerte". Y entonces sucede como cuando se ponen dos "gachupines" a discutir: no, que es mío; que no, que es mío... Y hay un momento en que el español se da cuenta de que ha estado discutiendo una cosa que no vale la pena y se da cuenta de que, discutiendo esa cosa baladí, ha discutido lo baladí y dice: "Fuera, entonces vamos a discutir otra cosa". Así fue lo de Cortés. "Fuera", dijo Cortés. "A hundir las naves, para que nadie regrese. Hay que enfrentarse al gran problema". ¿Cuándo lo comprenderán así los mexicanos?

—El fenómeno sísmico de España está en toda América—le digo—. ¡Cómo va ganando España a medida que se van marchando todos los intereses que había! Los otros, los materiales. Se han ido los "gachupines" y vendrán ahora los españoles. El problema está planteado. Ya no se trata de venir en busca de una tierra de promisión. Ahora nos vamos entendiendo. Y España recorre caminos que está recorriendo todavía, sangrando, su América. Es que España tiene una conciencia histórica.

—Es que mantiene su tradición; pero se da cuenta de su momento en América, y la caída de la Monarquía le ha dado eso, en gran parte. Por la catástrofe del 98, se volvió a ver hacia adentro. Rectificó, cambió, y vino la República y entonces nos encontramos que los mismos problemas de América los tiene España. Además, el americano y el mexicano ven de otra manera a España. Van a España y se encuentran con que la entienden bien. Ya no hay americano que vaya a España y vuelva desencantado. Así como el español gana mucho con venir a América, porque se encuentra que América no es como Europa: medioeval. En Europa avanza uno y tropieza con murallas; en cambio, en esta tierra no es así. Aquí se encuentra uno con la misma tradición y la misma actitud religiosa, pero con el mundo abierto. Además, el viajar le da a uno el sentido de lo universal, de lo cósmico. Yo no vuelvo a lo medioeval. Lo medioeval es corto y las colocaciones del hombre en el Cosmos eran también distintas; el hombre era demasiado orgulloso. Sólo un hombre fuera del mundo hace viajes cósmicos y se da cuenta de lo que es y ve las cosas con una relatividad más o menos cercana a la verdad. Ahora el español se lleva dentro de su bolsillo sus problemas filosóficos y éticos. Esto es lo que estamos haciendo en el mundo. ¡Vamos a ver si encontramos en todas estas cosas un punto de fe donde apoyarnos!

Poco tiempo después de esta charla, el mundo español comenzó a transfigurarse. Se deslindaron los campos. Una guerra religiosa, dicen unos; en busca de la España Nueva, de la verdadera España, dicen otros; y, de todos modos, la España mejor, apresurándose a dar flor y fruto, en espantosa tragedia que la hará tomar su puesto dignísimo bajo el cielo contemporáneo. España, pulso de Europa, mano abierta como una gran rosa magnética que señala caminos.

Y León Felipe, uno de sus grandes líricos, que niega que haya una gran poesía lírica en parte alguna del mundo, en estos días preñados de congojas, se afirma en la seguridad de que España está para expresarse en un mensaje que habrán de oír las gentes atónitas, gracias al sentido ecuménico que siempre han tenido sus grandes días de historicidad.

El poeta, el vagabundo equilátero que hay en León Felipe, además del catedrático que escruta y acendra, después de lecturas y de sueños, ha ido a Panamá, una de las tierras por donde pasó la brava España del siglo XVI y por donde han discurrido la utopía de Bolívar y la ambición de Francia, postergadas por la rapacidad imperialista de un pueblo que ha hecho mártir de su geografía a otro pueblo que tiene la certidumbre de que un día afirmará su personalidad. En el trópico, lujo desordenado de América, el poeta hallará esencias españolas, gracias a la limpieza de su alma castellana y nos la devolverá en uno de esos poemas totales que son voces agudas, distintas, de la España una y diversa, que no acaba de cumplir su misión y que nos penetra ahora con su claro acento clásico.

# UNA ESTRELLA FLAMENCA EN CIELOS DEL SUR

## EL ARTE NOCTURNO DE VICTOR DELHEZ

*Desde La Paz, Bolivia, hemos recibido la siguiente colaboración, que gustosamente insertamos, y que se debe a la pluma del escritor boliviano FERNANDO DIEZ DE MEDINA, ya ampliamente conocido, así por sus libros de ensayos como por sus poemas, dentro del país a que pertenece, como fuera de él. El poeta ha tenido la gentileza de enviarnos, al propio tiempo, las ilustraciones, de notable calidad, que constituyen el tema de este artículo.*

*"Yo soy como el cielo estrellado: movable y sosegado".*

*Holderlin.*

PARA el septentrional, habituado a menor densidad de luces, las noches del Sur con sus cielos cuajados de estrellas y la cauda numerosa de sus constelaciones, tienen un brillo cegador, antes padecer visual que freno del entendimiento.

¿Cuál habría sido la emoción del profundo Plotino que percibía el ritmo de la belleza abstracta en la rotación musical de los astros, y del sutil Lucrecio a quien empavorecía el silencio aterrador de su marcha, ante el deslumbrador espectáculo de los cielos del Sur, donde el oro de las constelaciones entona un himno solemne que triunfa del pavor de los abismos?

En el Sur el ojo humano percibe mejor el mundo estelar. Desde la infancia curiosa que indaga, la vista fortalece sus poderes extensibles y aprende a enriquecer las percepciones bajo el energético acicate de un cielo cargado de estrellas;

Por

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

para el contemplador nocturno la cúpula sidérea educa la voluntad, aguza el entendimiento y depura el sentimiento estético de la visión. Por eso Chocano dice que la Cruz del Sur es la condecoración de los abismos; y el incógnito Narayan afirma que en el hemisferio Sur fulge la luz más viva, porque proviene de fuentes más puras que no alcanza el áspero desvío de los hombres.

Aquí, en el hemisferio Austral, todo lo que luce es bello. Una clara geometría construye sus formas nítidas y es el perfil más puro cuanto mayor es el tumulto de los cuerpos.

Estamos en la meseta andina, bajo el claror sin término de la noche altiplánica. Millares de estrellas vierten su lumbre cálida. Una infinita vibración sacude el infinito cielo. Los astros solitarios, las constelaciones tumultuosas, las estrellas más distantes irradian luz potente. Todo es como un convergir de fuerzas misteriosas que llaman a la inteligencia humana desde el fondo sin linde de la noche. Antes que la clásica imagen "sinfonía de la noche estrellada", el cielo sugiere un coro innumerable de voces cuya potencia y extensión rebasa los límites acerados de la lógica que reprime y clasifica. Sólo algunos trozos de la "Misa Solemne" de Beethoven y otros de las "Pasiones" del inefable Juan Sebastián Bach, dan idea de este flujo concertado de voces que del infinito emergen y en lo temporal se resuelven.